

ron su vida pensando en Dios y avalorando sus infinitas perfecciones : se nos otorgaban algunos *místicos*, como quien dice, algunos *beatos*, ponderando todo lo más su lengua-je; pero sin reconocer su intuición poderosa, á la luz de la cual descubrieron los arcanos de la eternidad en medio de las efusiones del amor divino: se confesaban nuestros *poetas*, *novelistas* y *dramaturgos*; pero como *válvula* que la conspiración tenebrosa contra nuestra libertad dejó abierta á las expansiones inevitables de la inteligencia, no como fruto natural y lozano del árbol frondoso de nuestro ingenio, que engalanó con sus flores la imagen de la *verdad* que en nuestros altares se veneraba. ¡Pero filósofos! ¡pero naturalistas! ¿por dónde?

Vedlos ahí; ahora pasan, con su genio profundo y filosófico verdaderamente español, con su erudición, con sus verdades. ¿No os asombráis, racionalistas? Lo comprendo; pero prosternaos ahora y adorad, porque pasan también con sus *errores*.

Con sus errores, sí; con esos errores que el buen sentido nacional dejó morir sobre el para ellos estéril suelo de la patria, y que vosotros adoráis, hoy que os los presentan

con papel dorado y con etiqueta francesa y alemana, como las novísimas revelaciones de lo absoluto.

Ahí los tenéis: la duda de Cartesio, el escepticismo de Hume, el sensualismo de Locke, el empirismo de Bacon, el panteísmo de Espinosa. Ahí los tenéis: adoradlos. Vives, Gómez Pereira, Sánchez, Huarte, Servet, os los presentan; inscribid sus nombres en las lápidas del templo que el día que se realice el *ideal de la humanidad* en el archipiélago de la Oceanía, elevaréis á la *lenteja*.

¿No podéis? Lo comprendo; sus errores no eran errores trascendentales. Todos eran errores sometidos á la fe. La Iglesia no los perseguía; no podéis, por lo tanto, glorificarlos; sólo hay aquí una víctima de la intolerancia, Servet; pero no lo ha quemado la *Inquisición*; le achicharró el *libre examen*. ¡Qué desgracia!

Y después de los filósofos como Báñez, Soto, Téllez, Vázquez, Rodrigo de Arriaga, Henao, Toledo, Bernaldo de Quirós, Pererio, Molina, Suárez, Sepúlveda, Fonseca, Pedro Juan Núñez, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea, Gouvea, Montes

de Oca, Luis de Lemus, Pedro Monzó, Simón Abril, Vicente Mariner, Luis Vives, Fox Morcillo, Núñez, Herrera, el Brocense, Sánchez, Gómez Pereira, Vallés, Isaac Cárdozo, Huarte, Doña Oliva Sabuco de Nantes, Pedro de Valencia, Quevedo, Caramuel, Nieremberg, Tosca, Nájera, Feijóo, Hervás y Panduro, Forner, Viegas, Andrés, Eximeno, Martínez, Piquer, Ceballos, Valcárcel, Rodríguez, Pérez y López, Castro y Arteaga, vendrán los políticos, como Fox Morcillo, Mariana, Furio Seriol, Rivadeneira, Santa María, Márquez, Navarrete, Quevedo y Saavedra, que escribieron con más libertad bajo reyes como Felipe II é inquisidores como Torquemada, que pueda hoy escribir periodista alguno de oposición en materias de gobierno, y cuyos libros, como dice Menéndez y Pelayo, escritos casi todos con gran libertad de ánimo, y llenos algunos de las más audaces doctrinas políticas, no fueron (ni uno solo, entiéndase bien) prohibido por el Santo Oficio, ni recogido por mandamiento real, á pesar de que en ellos ó en los trabajos que de ellos derivaban se sostuviera públicamente, no ya que *fuera lícito matar al tirano*, sino que el *gobierno demo-*

crático era mejor que el monárquico y aristocrático, como se propuso defender en sus conclusiones, publicadas en 1634, el padre Agustín de Castro, de la Compañía de Jesús.

¡Hasta tal punto estaba sofocada por la tiranía del Estado, como afirma el Sr. Azcárate y su escuela, la actividad ó libertad científica en España durante estos tres siglos!

Hacemos gracia á nuestros lectores de la interminable tarea de escritores de *ciencias sociales y económicas* que la implacable erudición del Sr. Menéndez y Pelayo obliga á desfilar ante los ojos del escritor krausista, así como la de los *orientalistas, hebraizantes, humanistas, griegos y latinos, arqueólogos, historiadores y naturalistas*, si bien su corazón hubo de ablandarse cuando le llegó el turno á la consabida *válvula*, ó sea á los grandes astros de nuestra literatura, contentándose sólo al fin con cerrar esta gloriosa columna con algunos sabios originales, como el beneditino Ponce de León, que imaginó el arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, y con poner término á su *carta* con una instancia á los gobiernos y academias para que fomenten los estudios patrios, si no quieren ver realizada la tremenda profecía de

Valera con que acaba, y dice así: «Quizá tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan de que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir á España algún docto alemán para defender contra los españoles que hemos tenido filósofos eminentes».

Esta última parte de la profecía del Sr. Valera ha salido fallida: el alemán no hace falta.

Y no por falta de españoles (si es que basta para serlo haber nacido en España) que niegan la existencia de nuestros filósofos, pues apenas vió la luz pública la carta del Sr. Menéndez y Pelayo, cuando, como si se sintiera herido en las entretelas de su corazón, enristró la pluma el Sr. Revilla, joven de claro y agudo ingenio, de gran facundia y no vulgares conocimientos, aunque afeado todo por un sabor volteriano que ofende, y por las tenebrosas enseñanzas de sus sibiliticos maestros. El Sr. Revilla ha sido primero krausista; después conoció lo vacuo de esos idealismos panteistas, y fué positivista. «Hoy, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, pasa por neo-kantiano; pero lo cierto es que siempre

ha militado en las filas de la impiedad, con una ú otra bandera.»

Sea de esto lo que fuere, el Sr. Revilla escribió un artículo en la *Revista Contemporánea* con motivo de la entrada en la Academia del Sr. Núñez de Arce, refutando al Sr. Valera, y censurando á los Sres. Laverde y Menéndez y Pelayo por sus afirmaciones sobre la ciencia española; artículo que viene á ser una paráfrasis de la proposición del señor Azcárate, sazónada con todos aquellos naturales ornatos de la escuela, ó sean las consabidas declamaciones sobre el *despotismo*, la *superstición*, la *intolerancia*, y, finalmente, la INQUISICIÓN, «coco de niños y espantajo de bobos», como la llama Menéndez y Pelayo; socorrido «*Deus ex machina*, que les viene como llovido en las situaciones apuradas», para resolver los más intrincados problemas de nuestra historia, ornatos que califica con extremada agudeza el señor Menéndez, de «*Sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales*».

En este artículo asevera el señor de la Revilla que «en la historia científica de Europa *no somos nada* (los españoles)»; que la tan «decantada filosofía es un *mito*», y que

«en la historia de la filosofía puede suprimirse *sin gran menoscabo* la parte relativa á España».

Oportet haereses esse, dijo San Pablo, y repite oportunamente con este motivo el Sr. Laverde en su prólogo-carta al Sr. Menéndez. Si el señor de la Revilla no hubiese escrito las anteriores frases, no hubiera escrito tampoco Menéndez y Pelayo su incomparable refutación en la carta que lleva por título *Mr. Masson Redivivo*, y en la que, comparando al señor de la Revilla con el escritor enciclopedista que tan injustamente trató á España en aquel monumento de la ignorancia del siglo XVIII, cierra con su «eco póstumo», y le prueba por activa y por pasiva, con *hechos y razones*, que *somos mucho* en la historia científica de Europa; que no son un *mito* los filósofos españoles, y que no puede suprimirse, *sin gran menoscabo* de la historia de la filosofía, la parte relativa á España; y no es lo peor que le pruebe esto, sino el modo y manera con que se lo prueba, poniendo tan de relieve las contradicciones y las *inconsciencias* de los modernos *sabios*, que el lector no sabe qué admirar más, si la erudición que atesora ó si

la gracia y el chiste con que la presenta en confirmación evidente de lo hueco y vacío de las declamaciones de los sabios que *construyen su propia ciencia, como inteligencias que son abiertas á todo viento de doctrina*.

Pero como si los Sres. Azcárate y Revilla no se bastaran por sí solos para despojar á España de sus más esclarecidas glorias, testimonio vivo de la benéfica influencia de su religión, acudió á la palestra, bien que indirectamente, no ya un discípulo aventajado de la *señal*, como los dos citados, «sino un *hierofante*, un *Pontífice máximo*, un *Patriarca* del krausismo, jefe reconocido de cofradía, personaje conspicuo, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana». «Todos le conocemos», añade el Sr. Pelayo. ¿Y quién no le conocerá ante semejante retrato, trazado de mano maestra, por más que el Sr. Menéndez no quiere nombrarle, «porque al cabo ha sido discípulo suyo, y le debe, entre otros inestimables bienes, el de afirmarse más y más cada día en las sanas creencias y en la resolución de hablar cla-

ro.... *per contrapositionem* á las enseñanzas y estilo del referido maestro?»

Este, pues, «eximio metafísico», ha puesto un prólogo «largo, grave, majestuoso, sibilino, y un tanto soporífero», al libro de cierto positivista yankee, traducido nada menos que *directamente* del inglés!!! por una «persona muy honorable» (¡manes de Cervantes, sed sordos!), en el cual prólogo, después de aplaudir un libro que dice que «*la ciencia nació en Alejandria*» y que «*los Santos Padres fueron hombres ignorantísimos, sin instrucción ni criterio*», llama á la *mística, sublime cópula entre el Oriente y la Grecia*, y nos habla en un idioma que, como dice Menéndez y Pelayo, debe de ser «castellano de Moreria ó latín de los Estados-Unidos», de la *solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras que permiten inducir la existencia de un todo y medio natural que constituye interiores y particulares centros, donde la actividad se concreta con límite peculiar cuantitativo y substantiva cualidad en íntima composición de esencia factible ó realidad formable y poder activo formador*. Este escrito, que presenta á los católicos en perspectiva la *justicia de la espa-*

da, y que aplaude las persecuciones religiosas de Alemania, después de hablar con evidente ignorancia de nuestra historia del *fanatismo de la clerecía* en España, á la que llama con desdén *Patria de los Dominicos y de los Jesuitas*, asegura que, «mientras los demás pueblos europeos convertían, mediante el Renacimiento y la Reforma, á *propia libre reflexión* su espíritu y se despertaban á la observación diligente y profunda, nosotros quedábamos adheridos y como *petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas*»; «error histórico imperdonable, aunque, como dice Menéndez y Pelayo, se explica bien en un *sabio* que no lee libros viejos y *construye su propia ciencia*».

Pero á bien que, si el maestro no sabe, aquí está el discípulo que le enseñe, si no con el merecido acompañamiento de palmeta, con cada *cogida* capaz de poner espanto en el más imperturbable *constructor de ciencias*, mediante la *propia libre reflexión de su espíritu abierto á todo viento de doctrina* y libre de todo *yugo ó imposición dogmática*; y es lo cierto que, si él no aprende, los demás aprendemos que los oráculos del krausismo en España son una casta de impíos, con cuya

impiedad sólo compite su ignorancia, siendo ambas sólo superadas por el inaguantable barbarismo de su lenguaje.

Dejemos, pues, á un lado al maestro, y volvamos á su antiguo discípulo el señor de la Revilla, que con más ingenio y más literatura (á causa sin duda de lo poco que *pernoctó* en la escuela), volvió á la carga en otro artículo, en el que, ampliando sus aseveraciones anteriores, y confirmándolas de nuevo, se desata en toda clase de invectivas contra la «*generación educada en las bibliotecas con estudios de cal y canto*», contra los *neo-católicos, inquisitoriales, defensores de instituciones bárbaras*; que tales son, á los ojos de los defensores del moderno germanismo, los paladines sostenedores del buen nombre y de las glorias tradicionales de nuestra patria.

Y comprendemos perfectamente la ira del señor de la Revilla, no contra la generación (¿dónde está, por desgracia?), sino contra los individuos educados en las Bibliotecas con estudios de cal y canto. Al señor de la Revilla le gustan más, y tiene razón, las generaciones de católicos educadas en la redacción de algún periódico, donde sólo aprenden á declamar contra el liberalismo y la civilización

moderna, sin pararse á investigar las razones y causas, y alcance y sentido de su justa condenación, y donde sólo aprenden á lanzar excomuniones á troche y moche sobre todo el que se permite no seguir las exageraciones de su carácter ó de su mal humor; generaciones que cuando llega el caso y ven alzarse enfrente de sí enemigos serios de la religión y de la patria, se encuentran desprovistas de armas científicas y doctrinales con que combatirlos, y tienen que limitarse á huecas declamaciones de un vago sentimentalismo, ó reducirse á un silencio vergonzoso.

Contra esta generación no le va del todo mal á la generación que, como dice el señor Menéndez y Pelayo, «disputa en el Ateneo de *Omni re scibili*, y se propone *transformar el Cristianismo*, ni más ni menos que si se tratase de remendar unos calzones viejos»; contra la que siguiera las huellas del Sr. Menéndez, ya sería otra cosa. Esta no declamaría lugares comunes; razonaría con arreglo á la lógica; no negaría los hechos que ignorase; aduciría los pertinentes evidenciándolos y explicándolos; no se encerraría en vanas excomuniones, y demostraría con documentos

lo fuera de las vías de la razón y de la verdad que iban los enemigos de la religión y de España.

Lean nuestros lectores la segunda carta que el Sr. Menéndez y Pelayo dedica, no ya á *Mr. Masson Redivivo*, sino á *Mr. Masson Redimuerto*, y encontrarán de sobra justificado su título con las inestimables páginas que emplea en probar que la intolerancia religiosa no influyó en poco ni en mucho en las ciencias que no se rozaban con el dogma; que los expositores é investigadores que florecieron en nuestra patria son dignos de honrosa memoria; que el que en las historias de la ciencia se hable poco de los españoles, no reconoce otra causa que el ser sus autores extranjeros, y el que siempre fueron los españoles *pródigos en bazañas y cortos en escribir las*; que á españoles se deben las invenciones del *nonius*, de las *cartas esféricas*, de la *circulación de la sangre*, del *suco nérveo*, de que los colores son la *lux refracta, reflexa ac disposita*, del *platino*, de los rudimentos del *telégrafo eléctrico*, de infinidad de plantas y minerales; así como de hipótesis geológicas, de descubrimientos médicos, del arte de enseñar á los mudos y del de ense-

ñar á los ciegos; y, en cuanto á la filosofía, que no sólo hubo filósofos eminentes, sino que éstos constituyeron escuelas á las que se afiliaron nombres ilustres de otros países, y que no fué el *éxito*, sino *la fama del éxito*, lo que les faltó á estos filósofos, de los cuales se puede decir que «más se olvidaron sus nombres que sus doctrinas».

Pero ¿qué digo?: lean nuestros lectores esta carta, lean *todo el libro*; que en él encontrarán, además de estas cartas, tres capítulos de *Re Bibliographica*, en que propone tres medios para reparar la ignorancia hoy generalmente sentida respecto á nuestra historia científica. Fomentar la composición de monografías bibliográficas y de monografías expositivo-críticas, y crear seis cátedras nuevas en los doctorados de las facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito. ¿Sabéis cuáles son estas instituciones? Escuchadlo, *espíritus fuertes*, *libres de imposiciones dogmáticas* y esclavos del primer charlatán que os embauque, tétricos y cejjuntos krausistas, discutidores de ateneo, traductores aljamiados, alegres gacetilleros, generación novísima de dramaturgos y novelistas *fisiológicos*; escuchadlo: son *los frailes*.

En él encontrarán además abundante copia de noticias y datos bibliográficos, curiosas observaciones histórico-críticas, párrafos tan elocuentísimos y tan magistralmente escritos como el relativo á los místicos españoles, juicios filosóficos tan notables como el del *vivismo*, y profesiones de fe católicas y españolas tan magníficas como la siguiente, que, como modelo en el género, trasladamos, para contento de los verdaderos sabios y asombro y risa de los que se lo llamen sin serlo:

«Soy católico (dice con acento firme y sereno el Sr. Menéndez y Pelayo, contestando á las imputaciones del señor de la Revilla), no *nuevo* ni *viejo*, sino *católico* á machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy *católico apostólico romano*, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna á la impiedad ni á la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno, á la vez, de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de éste ó el otro doctor

particular, por respetable que sea en la Iglesia.

»Estimo, cual blasón honrosísimo para nuestra patria, el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo xvi, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la *Inquisición* como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional á través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones á la ciencia, esa anulación de la actividad intelectual y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de mal gusto y atrasadas de moda lucubraciones como la del señor de la Revilla. No necesitábamos, en verdad, ir á Alemania ni calentarnos mucho los cascos para aprender todo eso. Ya lo sabían los bienaventurados liberales del año 20.»

Y en él encontrarán, por fin, un capítulo VII, relativo á los heterodoxos españoles, del que no se puede decir una palabra, pues es necesario leerlo para formar cabal juicio de su mérito extraordinario, tanto por los conocimientos que revela, como por la fe

ilustrada y el patriotismo sensato que respira.

Todo esto, y mucho más que omitimos, encontrarán nuestros lectores en este *epistolario*, en que, dirigiéndose á su paisano y amigo el Sr. Laverde, ha triturado tan por completo á los Sres. Azcárate, Salmerón y Revilla, eminencias de la ciencia racionalista en España, reduciéndolos de tal modo al silencio, que el primero se ha visto precisado á decir que en los tres siglos de falta de actividad científica á que se refería, no incluía al siglo xvi, sino al xix; y al último, á pesar de su indisputable talento y de sus grandes medios, sólo se le ha ocurrido abandonar el campo con una salida tan impertinente como desventurada, diciendo *que no quería continuar la polémica, para evitar que á su costa se fabricasen reputaciones ilegítimas*, añadiendo en otro lugar, que el Sr. Menéndez y Pelayo es un neo indigesto y atrabiliario, notable sólo por su apego á las más rancias preocupaciones, y su odio á toda idea de libertad y de progreso.

Palabras que, aparte aquello de *reputaciones ilegítimas*, que no tiene precio, se parecen bastante á las que el pavo de la fábula

arrojaba al cuervo, viéndose en la imposibilidad de seguir su vuelo.

Y examinado ya, aunque muy superficialmente, el trabajo del Sr. Menéndez y Pelayo, otro día, y en otro artículo, exponremos nuestro diferente modo de pensar en algunos de los interesantísimos puntos que en él trata con tan indisputable superioridad este nuevo atleta de la Religión católica y de la ciencia patria, de quien se puede decir que si sigue estudiando con la misma aplicación y provecho, y Dios le concede larga vida, será con el tiempo la personificación majestuosa de la *ciencia española*, que se levanta en el último tercio del siglo xix para derramar sobre los hijos espurios de la patria que corren tras los fuegos fatuos de la impiedad extranjera, los raudales de luz que el sol de la verdad católica arrojó en tiempos más felices sobre el glorioso suelo español.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.